

# **Mamita Violeta, todos te somos deudores**

***Rubén Rojas***

Aquel frío día de invierno, mi madre Violeta como todos los días, realizó su baño ritual como acostumbraba e iniciaba cada jornada. Luego enrojeció sendos carbones para entibiar en algo su congelada cocina, taller y escritorio. Tatareando como siempre su canción favorita, amasó ese pan que tanto nos bendecía y nos sonreía cada mañana. Una vez desayunados, nos peinaba con tanta delicadeza y amor para dirigirnos al colegio.

Era como si fuéramos a la fiesta más importante de nuestras pequeñas existencias. Gozábamos de su cariño maternal desde la mismísima nuca hasta la última uña de nuestros pies. No había diferencia de amor para nosotros. Todos éramos sus tesoros.

Numerosas veces despertaba en esas crudas noches invernales, solo para deleitarme viéndola como bajaba a la realidad hermosas arpilleras y pinturas, que largo tiempo después fueran disputadas por las más conspicuas coleccionistas del orbe. Debo confesar que nunca me faltaron lágrimas que recorrieran abundantemente mis mejillas al verla creando esos prodigios sobrenaturales.

Ella que tan solo se abrigaba con aquel poncho que le obsequió su amado hermano mayor Nicanor a cambio de enseñarles sus cantos. No dejaba que ninguno de nosotros tocara siquiera ese importante regalo. Así respetaba al Anti-poeta. Sus ajados cuadernos de música e investigaciones que tanta dedicación le costaron adornaban su velador hecho de madera de canelo. Era su pequeño altar al canto a lo divino y a lo humano.

En su dormitorio acogía también -bajo esa gruesa colcha multicolor confeccionada con las sobras de lana de sus amadas arpilleras y nuestras chalecas molidas hasta el cansancio- en orden perfecto, esos preciosos y variados instrumentos

que tan bien dominaba, para el deleite de todos. Tengo la impresión de que los sentía seres vivos como nosotros, por eso los refugiaba bajo esa manta de colores vivos para que no se pasaran de frío. No pocas veces la observé como les dirigía la palabra suavemente a cada uno de esos portentos que fermentan y alegran la vida de todos. Cuantas veces quedé asombrado como mi regia madre oía extasiada sus respuestas, las que nunca desgraciadamente oí.

Para que hablar como nos agasajaba al almuerzo y a la cena. No nos faltó plato por probar enseñado a mi gran mamita Violeta, por humildes campesinas y obreras desde el principio hasta lo más recóndito del país. Pueblo que recibía sus huellas era honrado inmediatamente, porque anotaba ella al instante sus recetas más renombradas. Como no recordarme con nostalgia de sus exquisitas sopaipillas secas y pasadas, de sus picarones de nunca acabar, de sus porotos con riendas y sus épicos motes con huesillos.

Como de adultos no darnos cuenta de que la vida se te empezó a ir cuesta arriba, que ya no te sonreía, que cuando te divisaba cambiaba rápidamente de vereda, que ya no te coqueteaba como al principio, que ella prefería irse por otro carril. Perdonamos madre, mamita Violeta, Madre de Chile. Tú que desangraste tu alma de artista por nosotros, perdona a todos tus hijos de esta patria, por no mirar tus heridas, y oír tus numerosos llamados. Perdónanos, Violeta magnífica, tú que nos redimiste con tu arte. Todos te somos deudores. Amén.